

Un movimiento de estupor sacudió á todos los marineros.

—Sereis asesinos! Si no hacéis lo posible para salvarle, le perderéis voluntariamente. No cometáis un crimen. Yo voy á tocar la campana: si queréis impedirme, tendréis que matarme.

—¡No tocarás!... Vamos á encerrarte.

Y dos minutos después se hallaba en el camarote del piloto. De pronto se le ocurrió una idea: ante el tragaluz se balancaba una cuerda que, pasando bajo el empalme, debía terminar sobre el puente. En seguida, ágil como un gato, se deslizó por la estrecha abertura, agarró el cabo y trepó por él. Poco después estaba en el puente; encendió los faroles, y precipitándose hacia la campana, empezó á tocar. Y cuando los marineros corrieron al puente, les gritó:

—Matadme si queréis... Necesitáis matarme si pretendéis impedir que toque la campana.

Dios lo ha querido—dijo entonces el contramaestre.—Este pílluelo nos salva, quizás, de un remordimiento que nos a tormentaría toda la vida.

Cuando una hora después llegó Le Gall



á la *Mariette*, gritó con verdadera emoción:

—Gracias, muchachos! Me habéis salvado... Sin el sonido de la campana y la luz de los faroles, estaba perdido... Desde ahora os aumentaré la paga, y en adelante tratarémos de ser mejores amigos.

La tripulación permaneció silenciosa y avergonzada. De pronto, el contramaestre tomó brutalmente la palabra:

—Patrón —dijo— nosotros no hemos merecido nada. Si nosotras hubiera desprendido, usted no habría vuelto... Ivón es el que lo ha hecho todo... Ahora haga usted lo que quiera.

—Haremos lo que ha dicho.

Y volviéndose hacia Ivón, le dijo:

—Dame un abrazo, pílluelo! Juan Le Gall cumplió su promesa: su tripulación fue muy dichosa en sucesivo, tanto que cuando al año siguiente apareció la *Mariette* en los mares de Islandia, ni un solo marinero se había cambiado en el rol: pero Ivón, el grumete, se había convertido en el mejor marinero de honor.

A. BAILLY.

ANÉCDOTAS

SILENCIO.—Una señora de 90 años decía á Fontenelle, que tenía entonces 95:

—Seguramente, la muerte se ha olvidado de nosotros!

—Chis...!—repuso Fontenelle con un dedo sobre los labios.

DOS FRASES.—Pedro Luis Manuel, procurador general de la *Comune*, de París, fué el encargado de anunciar la pérdida de su trono á Luis XVI, prisionero en el Temple.

Lo hizo con estas palabras:

—Ya no sois rey. Esta es una buena ocasión para que os convirtáis en ciudadano.

Y añadió estas otras:

Podéis consoláros, porque la caída de los reyes está tan cercana como la de las hojas.

Era en fin de septiembre.

UN PRESTAMO.—La tragedia que escribió Voltaire, imitada de Sofocles, "Elektra", fué rechazada por el público el día de su estreno.

Voltaire, que entre bastidores asistió al fracaso, dijo á uno de los actores:

—He prestado mi cara á Sofocles para recibir las bofetadas.

EL PRECIO DE LA VOZ.—La famosa cantante La Gabrielli pidió 5.000 ducados á la emperatriz de Rusia por cantar durante dos meses en su corte.

—Cinco mil ducados—dijo asombrada la emperatriz.—Yo no pago ese sueldo más que á algunos de mis feld-mariscales.

—Entonces—repuso La Gabrielli—canten vuestros feld-mariscales.

No hubo más remedio que pagarle lo que pedía.

LO IMPOSIBLE.—Se cuenta de la más cantante que se negó á trabajar en una casa que estaba amueblada, y como le dijeron que se la obligaría, contestó:

—Es imposible... Que me encarecen que me castiguen, que me maltraten. Podrán hacerme gritar, pero no cantar.

LOS HOMBRES.—Malherbe presumía un gran desprecio por el género humano que no se recataba de demostrar.

Una vez, después de explicar la muerte de Abel, dijo, firme en su tema:

—Entonces no habrá más que tres hombres, y uno de ellos, más otro, que era, además, su hermano. ¡Vaya un debut!